

*Sobre la inculturación*¹

La Congregación General XXXII confió al P. General “la evolución ulterior y una más amplia promoción de la obra de la inculturación en toda la Compañía” (Decr. 5, n^o2).

Recogí este encargo de la Congregación con tanto mayor interés cuanto que, por mi experiencia anterior y posterior a mi elección como General, estoy profundamente convencido de la importancia de este problema.

Entendiendo la cultura en el sentido en que lo hace la Constitución Apostólica **Gaudium et Spes** (53) y, seguidamente la Exhortación Apostólica **Evangelii Nuntiandi** (20) y el reciente Sínodo de 1977 en su mensaje final (5), el problema de la inculturación se plantea a tan enorme escala, en situaciones tan dispares y con tan profundas y variadas repercusiones, que no es fácil descubrir líneas concretas de conducta universalmente valederas.

Por eso me ha parecido que en esta carta debo limitarme a ofrecer algunas consideraciones que os animen a activar ese proceso y tomar parte en él, y a exponer cómo veo yo este problema en cuanto afecta a la Compañía.

En otro documento más extenso, anejo a esta carta, se recogen algunas de las reflexiones y planteamientos en torno a este tema, y se formulan algunas preguntas que orienten nuestros esfuerzos por encontrar soluciones, pues, a pesar de cuanto se ha logrado hasta ahora, es una materia que requiere aún mucho estudio, consulta y discernimiento.

Noción, actualidad y universalidad de la inculturación

La inculturación incluye varios aspectos y diversos niveles que hay que distinguir, pero no se pueden separar. Sin embargo, en la multiplicidad de planteamientos con que habremos de enfrentarnos el principio fundamental siempre válido, es que inculturación es la encarnación de la vida y mensaje cristianos en un área cultural concreta, de tal manera que esa experiencia no solo llegue a expresarse con los elementos propios de la cultura en cuestión (lo que no sería más que una superficial adaptación), sino que se convierta en el principio inspirador, normativo y unificador que transforme y re-cree esa cultura, originando así “una nueva creación”.

Esta experiencia cristiana es, en cada caso, la del pueblo de Dios que vive en un área cultural determinada y ha asimilado los valores tradicionales de su propia cultura. Es decir: es la experiencia de una Iglesia local que, discerniendo el pasado, construye el futuro en el presente.

1. *Signos Universitarios*, Año II/N^o 4-5, 1980.

Creo que se puede afirmar que hoy día se cae más en la cuenta y de modo más consciente de la urgencia y profundidad de este proceso.

Es evidente que la necesidad de la inculturación es universal. Hasta hace unos años podía suponerse limitada a países o continentes diversos de aquellos en los que el Evangelio se daba por inculturado desde hacía siglos. Pero los cambios galopantes acaecidos en esas zonas –y el cambio es ya una condición permanente– nos persuaden de que hoy es indispensable una inculturación nueva y constante de la fe si queremos que el mensaje evangélico llegue al hombre moderno y a los nuevos grupos “sub-culturales”. Sería un peligroso error negar que esos países necesitan una reinculturación de la fe.

No se piense, pues, que el documento que os presento se aplica solamente a los países que hasta ahora se llamaban “de misión”. Se aplica a todos, y quizás más a los que creen no tener esa necesidad. Los conceptos “misiones”, “tercer mundo”, “Oriente/Occidente”, etc., son relativos y debemos trascenderlos considerando todo el mundo como una única familia a cuyos miembros afectan los diversos problemas.

El influjo innovador y transformador de la experiencia cristiana en una cultura contribuye, después de una posible crisis de confrontación, a una nueva cohesión de esa cultura. En segundo lugar, ayuda a asimilar los valores universales que ninguna cultura puede agotar. Y, además, invita a entrar en una nueva y profunda comunión con otras culturas, en cuanto todas están llamadas a formar, con un mutuo enriquecimiento y complementariedad, el “variado tejido” de la realidad cultural del único Pueblo de Dios peregrino. De hecho, hoy es muy grande e inevitable el contacto mutuo de las diversas culturas; es una providencial oportunidad para la inculturación. El problema está en encauzar sabiamente ese influjo intercultural. Aquí tiene el cristianismo un papel importantísimo: su misión es la de profundizar el pasado con un lúcido discernimiento y, al mismo tiempo, abrir las culturas a los valores universales comunes a todos los hombres y a los valores particulares de las demás culturas, suavizando tensiones y conflictos, y creando una verdadera comunión.

Esta es una de las grandes aportaciones que nosotros debemos hacer.

La inculturación y la Compañía de Jesús

Como jesuitas, debemos sentirnos especialmente interpelados por este problema, de cuya solución dependerá la remoción de grandes obstáculos para la evangelización, y que ha estado presente durante toda la historia de la Compañía.

La espiritualidad ignaciana, con su visión unitaria de la historia de la salvación y su ideal de servicio a todo el género humano (“en tanta diversidad...

así en trajes como en gestos... unos blancos, otros negros..." **Ej. Esp. 106**), fue un intento genial, al decir de los especialistas, de incorporar la sensibilidad y las características culturales del siglo XVI a la corriente de la espiritualidad cristiana, pero sin estancarse en una época, la suya, antes bien manteniendo activo tanto el dinamismo del Espíritu como la creatividad humana a lo largo de la historia en un constante proceso de adaptación necesaria a todos los países y en todos los tiempos.

San Ignacio, como es obvio, no usó la palabra "inculturación". Pero el contenido teológico de ese término está presente en sus escritos y en las Constituciones.

El "Presupuesto" de los Ejercicios pide una disposición básica inicial, que es de oro para la inculturación: estar prontos para "salvar la proposición del prójimo". Es el pórtico de un auténtico diálogo (22).

Los Ejercicios nos llevan a reflexionar sobre la identidad de principio y fin para todos los hombres (23), la solidaridad en el pecado (51,71), la llamada del Rey delante de todo el universo mundo (95). Y, por otro lado, consideran todo lo recibido como muestra del amor de Dios, dones que descienden de arriba (234,235,257).

Nuestra experiencia personal de Cristo y del Evangelio, vivida en los Ejercicios, el conocimiento interno del Señor (104), nos disponen a acertar a discernir lo que es esencial en la fe cristiana y lo que puede ser ropaje cultural accesorio.

En San Ignacio esta actualización es una constante de su pensamiento y de su gobierno -aparece en más de 20 pasajes de las Constituciones - e insiste incesantemente para que se tomen en consideración las circunstancias del país, los lugares y lenguas, la diversidad de mentalidades, los temperamentos personales (Cfr. **Const.** 301, 508, 581, 747, 395, 458, 462, 671, 64, 66, 71, 136, 211, 238, 449, etc.).

En la misma línea están los consejos que da en diversas instrucciones: "Háganse amables por la humildad y caridad, haciéndose uno todo para todos (1 Cor. 9,22); manifiéstense, en cuanto lo sufre el Instituto de la Compañía, conformes con las costumbre de aquellos pueblos" (A los PP. Y HH. Enviados a ministerios Roma, 24 de setiembre de 1549. **MI. Epp.** XII 239-242). Ordena que se den penitencias a los que no aprenden la lengua del país (A los Superiores de la Compañía, Roma, 1 de enero de 1556).

La tradición de la Compañía es fiel a este principio de adaptación. Así procedieron sus más grandes misioneros: Javier, Ricci, de Nobili y tantos otros, cada uno en línea con las concepciones de su tiempo, cuando con ánimo decidido y creativo apostaron por la acomodación pastoral.

La tarea de la evangelización de las culturas que es un aspecto del problema global, sigue siendo imprescindible en nuestros días y pide Jesuitas que

hagan un esfuerzo igualmente creativo. A esta evangelización de las culturas, tan propia de la tradición de la Compañía, nos invita Pablo VI cuando anima a los evangelizadores a “hacer todo el esfuerzo necesario para una evangelización generosa de las culturas” (Cfr. **Ev. Nuntiandi**, 20).

Este es, sin duda, uno de aquellos campos ‘difíciles y de primera línea’ de los que habla el Papa, en los que ‘ha habido o hay confrontación entre las exigencias urgentes del hombre y el mensaje cristiano’ en los que siempre ‘han estado los jesuitas’ (Alocución a los PP. De la CG 32, 3 de diciembre de 1974).

El espíritu ignaciano ha sido compendiado alguna vez en esta frase: “Non cohiberi a maximo, contineritamen a minimo, divinumest”. En nuestro contexto, nos retaría a una concretización local hasta en lo mínimo, pero sin renunciar a la grandeza y universalidad de los valores humanos que ninguna cultura, ni el conjunto de todas ellas, puede asimilar, y encarnar de modo perfecto y exhaustivo.

Actitudes requeridas

Múltiples factores condicionan una inculturación bien realizada y exigen en quien la promueve una fina sensibilidad y actitudes bien definidas.

Además de la actitud fundamental, ya mencionada, de la **visión unitaria** de la historia de la salvación; se requiere, en primer lugar, la **docilidad al Espíritu**, verdadera “causa agens” de toda nueva inculturación de la fe. Esta docilidad requiere una continua y atenta escucha en la oración, el mantener siempre activa la acción del Espíritu en medio de nuestros estudios y experimentos, y el negarse a cualquier conclusión preconcebida. Dicho ignacianamente, presupone la **indiferencia** espiritual y adoptar una disposición a la vez receptiva y dadivosa.

La verdadera inculturación supone además una actitud de **discernimiento** ignaciano, cuyos criterios son evangélicos y dan a los valores humanos una dimensión trascendente que ni sobrevalora los elementos de la propia cultura ni minusvalora los elementos que puedan hallarse en las culturas ajenas; que nos hace abiertos para aprender de los demás y cautos ante seductoras apariencias o juicios superficiales. Tal sería el caso de quien indiscriminadamente aceptase valores muy secundarios, sacrificando los fundamentales, como, por ejemplo, por desarrollar excesivamente la técnica, destruir valores personales fundamentales como son la libertad, la justicia. Tal “discreción” es vital hoy, cuando en todas partes se cae continuamente en esos excesos.

Esta objetiva autenticidad, lleva a una humilde **abertura interior**, que hace reconocer los errores propios y ayuda a la comprensión de los ajenos. Los países de antigua tradición cristiana han cometido ciertamente errores en su obra de evangelización, pero hoy los reconocen y se les deben ser per-

donados y olvidados. También las nuevas naciones, al ser evangelizadas por otras, han cometido errores, y también los reconocen y se les deben perdonar y olvidar. Se da así paso a la colaboración reconciliadora y constructiva de un presente y de un futuro, sin exclusiones previas, sin recelos, sin limitaciones al poder del Espíritu.

La inculturación requiere también una **prolongada paciencia** que es indispensable en los profundos estudios (sicológicos, antropológicos, sociológicos, etc.) y las sosegadas experiencias que necesariamente habrán de realizarse. Hay que evitar también las estériles polémicas y, más aún, pactar con el error.

Por el contrario, hay que buscar pacientemente los “*semina Verbi*”, esas “*pierres d’attente*” predestinadas por la Providencia para la edificación de la verdad.

Se requiere también para la inculturación una “**caritas discreta**” que armoniza la audacia profética y la intrepidez del celo apostólico con la prudencia del Espíritu; que ayuda a evitar los excesos y las imprudencias contraproducentes, sin coartar el impulso de la inspiración en los riesgos calculados del sano profetismo evangélico.

Se requiere, sobre todo, **sensus Ecclesiae** ignaciano. En un proceso de tanta responsabilidad e importancia no se puede estar al margen de la Iglesia, entendida esta, como la hace el Vaticano II, en su doble aspecto de Pueblo de Dios y de Jerarquía. Ninguno de ambos elementos puede ser soslayado. Es evidente que la última responsabilidad está en la Jerarquía. Pero debemos evitar dos extremos: el exceso “*non secundumscientiam*” (**Rom.** 10,2) que nos haría proceder altaneramente, sin contar con la Jerarquía, y la pusilanimidad que nos hiciese permanecer medrosamente en actitud pasiva, sin creatividad. Como siempre, también en este proceso de la inculturación el amor que profesamos a la “*Esposa de Cristo*” nos ha de llevar a sentir “*cum Ecclesia*” e “*in Ecclesia*”, sometiendo nuestras actividades y experimentos en materia tan delicada a su dirección.

Estas disposiciones deben avivar en los miembros de la Compañía aquel amor universal que les permita distinguirse como creadores de comunión, no solamente a nivel de Iglesia local, sino también en relación con la unidad del entero pueblo de Dios peregrinante.

Consecuencias internas

Es obvia la incidencia que todo esto tiene en la vida interna de la Compañía. En efecto: las transformaciones que se han verificado y seguirán verificándose en el futuro para adaptarnos a los cambios culturales de hoy, tienen su origen en los criterios del Concilio Vaticano II y en las prioridades y determinacio-

nes de la CC.GG. 31 y 32. Pero no podrán concretarse si no logramos que esa corriente transformante del Espíritu pase modificando desde adentro nuestra vida personal. Es lo que pudiéramos llamar “inculturación personal interior”, que necesariamente debe preceder, o al menos acompañar, a la tarea externa de la inculturación. Las modificaciones surgidas del Concilio Vaticano II y de nuestras dos últimas CC.GG. tienen precisamente ese objeto: capacitarnos y actualizarnos para poder promover la verdadera inculturación del Evangelio.

Para comprender en clave actual nuestro carisma y discernir apostólicamente nuestro servicio de hoy a la Iglesia, hemos de repensar el modo de aplicar los criterios ignacianos a las situaciones concretas actuales. Esta inculturación personal e “intra Societatem” no es fácil. Aunque admitamos en teoría la necesidad de la inculturación, cuando se llega a la práctica y nos toca de cerca, personalmente, exigiéndonos cambios profundos de actitudes y apreciación de valores, surge con frecuencia no poca dificultad e incompreensión, que es testimonio de nuestra falta de disposición interna para una “inculturación personal”.

Para dejarnos transformar por la inculturación no bastan las ideas ni el estudio. Es necesario el “shock” de una experiencia personal profunda. Para los llamados a vivir en otra cultura, será el integrarse en un país nuevo, nueva lengua, nueva vida. Para los que quedan en el propio país, será experimentar los nuevos modos del mundo actual que cambia: no el mero conocimiento teórico de las nuevas mentalidades, sino la asimilación experimental del modo de vivir de los grupos con los que hay que trabajar, como pueden ser los marginados, chicanos, suburbanos, intelectuales, estudiantes, artistas, etc.

Ahí está, por ejemplo, el inmenso mundo de los jóvenes a quienes servimos en nuestros Colegios, parroquias, Comunidades de Vida Cristiana, Centros de Espiritualidad, etc. Pertenecen a una cultura que es distinta de la de muchos de nosotros, con esquemas mentales, escalas de valores y lenguaje (especialmente el lenguaje religioso) no siempre fácilmente inteligible. Es difícil la comunicación. En cierto sentido somos ‘extranjeros’ en su mundo. Pienso que muchos jesuitas, especialmente en los países desarrollados, no caen en la cuenta del abismo que separa fe y cultura, y, por ello, son ministros de la Palabra menos aptos.

La experiencia necesaria para esa inserción cultural debe liberarnos de tantos elementos que nos atan: prejuicios de clase, vínculos sociales, prejuicios culturales, de raza, etc.

La perfecta inculturación de un jesuita nunca deberá llevarle a una cerrazón nacionalista o regionalista: la universalidad, el sentido de pertenencia al “cuerpo universal” de la Compañía, deben mantenerse intactas: “Que la diversidad no dañe a la unión de la caridad”, nos advierte San Ignacio en las Constituciones (672). Tampoco debe disminuir la disponibilidad, actitud fun-

damental de todo jesuita, por la que está pronto a ir a donde se espera mayor servicio de la Iglesia, siendo allí enviado por la obediencia.

Aquí es donde se siente más personal e íntimamente la tensión entre lo particular y lo universal, entre el sentirse identificado con la cultura de un pueblo, y al mismo tiempo conservarse libre y disponible para ser enviado a cualquier otra parte del mundo donde sea requerida nuestra labor apostólica.

Es evidente la importancia que debe darse a la verdadera inculturación, con las características señaladas de particularidad y universalidad, en la **formación de nuestros jóvenes**. Ellos están llamados a ser en el futuro los agentes de la inculturación y, por eso, deben ser formados en ese espíritu y en esas realidades concretas.

Como expresión del deseo de la C.G. 32 de “continuar con mayor intensidad aún en nuestros tiempos” la obra de la inculturación quisiera que este empeño mereciera “un cuidado y solicitud cada vez mayor de parte de la Compañía” (decr, 5, nº1), y que nos hagamos conscientes de su importancia capital para nuestra misión de defensa y propagación de la fe, sintiéndonos al mismo tiempo pertenecientes a la Iglesia local y a la Iglesia universal.

Esto no se conseguirá sin un convencimiento personal profundo –que debe esforzarse por conseguir quien aún no lo tuviese – y sin una coordinada colaboración de todos en el estudio, reflexión y experiencias necesarias. Sólo de ese modo encontraremos los cauces de expresión y de vida más adecuados para que el mensaje cristiano pueda pasar a los individuos y pueblos con quienes trabajamos, abriéndolos al mismo tiempo a las riquezas de las demás culturas.

Trabajo muy delicado, es cierto. Pero indispensable. Es uno de los mejores servicios que la Compañía de hoy puede prestar a la Evangelización: cada uno de sus hijos nos sentiremos heraldos y agentes de una comunión que agrupe a los miembros de la propia nación, sino que reúna, conservando su identidad a “todos los hijos de Dios que están dispersos” (Jn 11, 52).

Al enviaros esta carta en la solemnidad de Pentecostés, invoco sobre todos vosotros la luz y gracia del divino Espíritu.

Vuestro afmo. en el señor,

Pedro Arrupe
Praep. Gen. Soc. Iesu
Roma, 14 de mayo de 1978